

LA CAPA DE SUPERMAN

Abel estaba ya muy cansado y deseaba con todas sus fuerzas hacerse invisible. Para ello necesitaba una capa mágica como la de Harry Potter, pero por desgracia, él solo tenía la capa de su disfraz de Superman y esa no servía.

A él le gustaba mucho leer, estudiar y aprender cosas nuevas; le encantaban las matemáticas y las ciencias naturales y nunca creyó que fuera algo malo. Pero debía de serlo ya que desde hacía algún tiempo unos niños de su clase no le dejaban en paz. Empezaron llamándole *empollón*, *lameculos*, y *mariquita*. Luego vinieron las zancadillas, los empujones y las patadas; le quitaban el almuerzo, le pisoteaban los libros... Unas veces le acosaban en el baño a la hora del recreo en el momento en que los profesores no les veían y otras veces era a la vuelta del colegio, escondidos en el parque, como animales de presa acechando a su víctima. Abel regresaba solo, tenía ya diez años y su casa no quedaba lejos. Además desde que murió su padre, su madre trabajaba muchas horas y no podía recogerlo.

No se lo había contado a nadie, él no era un chivato, y aunque algunos niños lo sabían, allí imperaba la ley del silencio. Nadie hablaba, todos miraban hacia otro lado, no fueran a ser ellos los siguientes. Abel era poco menos que unapestado, un chico indefenso ante unos abusones crecidos por el miedo y la cobardía de los demás. «Llora, *nenaza*» le decían, pero él no lloraba, apretaba los labios en silencio, soportaba los insultos y los golpes y se tragaba las lágrimas, que le escocían por dentro. Luego se marchaba deprisa, avergonzado, sintiendo a su espalda las burlas y las risas crueles.

Al llegar a su casa, se aseaba, y escondía los moratones para que su madre, que volvía un poco más tarde, no se diera cuenta, y mientras la esperaba, hacía los deberes y se comía el bocadillo que le había dejado preparado. «¡Hola, cariño, ya estoy en casa!

¿Has merendado y has hecho las tareas?» le saludaba con ternura y le abrazaba y le besaba y le revolvía el pelo, al igual que hacía su padre cuando aún estaba vivo. Abel sonreía aliviado, sentía que así se le curaban todas las heridas. Su madre, al ver la sonrisa triste, intuía preocupada que algo le estaba ocurriendo y le miraba con ojos de madre, ojos que lo saben todo.

—Cariño, ¿estás bien?, ¿te ha pasado algo en el cole...?

—Nada, mamá.

—¿Seguro...? ¿va todo bien ...?

—Sí, mamá, va todo bien.

La madre suspiraba entonces, imaginaba que la tristeza de su hijo se debía al dolor por la pérdida de su padre, el mismo dolor al que ella se enfrentaba cada mañana y que cada noche le hacía llorar hasta la madrugada.

—¿Es por papá?... Lo echas de menos, ¿no es cierto?... Ya sabes que puedes contarme lo que sea ¿de acuerdo?

—Sí, mamá, de acuerdo—contestaba el niño para tranquilizarla. Claro que echaba de menos a su padre, tanto, que a veces le dolía el cuerpo, pero no quería que su madre sufriera y entonces callaba. Y su madre le besaba y también callaba, aunque sus ojos de madre estuvieran inquietos.

Fueron pasando los días y Abel se fue acostumbrando al maltrato como a una medicina amarga. Y a sus acosadores la repetición quitó la novedad y trajo el aburrimiento, lo que hizo que se olvidaran de él y le dejaran tranquilo, hasta esa tarde.

Había sacado un sobresaliente en matemáticas y el profesor le felicitó delante de todos. Estaba muy contento, tenía tantas ganas de contárselo a su madre que ni siquiera recordó cambiar de camino, cómo hacia algunas veces, por lo que bajó la guardia y

acortó por el parque. Y ahí estaban esperándole. No solo eran los de su clase sino que había también unos chicos mayores del barrio.

«Mirad, si es el mimadito del profesor» le increparon. Quiso salir corriendo, pero no pudo. Le rodearon, le quitaron la mochila, la abrieron y sacaron su carpeta de anillas. «Soltad eso» les gritó. Ellos se reían y se la pasaban de unos a otros, mientras él intentaba sin éxito arrebatársela. Cuando ya se hartaron del juego la lanzaron al suelo con fuerza. La carpeta cayó sobre un charco, se abrió y se desparramaron todas las hojas quedando encima la del examen de matemáticas con el diez enmarcado en rojo. «¿No la quieres?... Pues ahí la tienes» le dijeron entre carcajadas. Él la vio, manchada de barro, esa última carpeta que le compró su padre y que eligieron juntos. Habían ido al centro comercial a por el material para el colegio y cuando terminaron se tomaron un helado de chocolate, su favorito, y recordó la risa, la voz y el rostro de su padre y eso que a veces se le desdibujaba y le costaba hacerlo. Esa carpeta era un nexo con él y no iba a permitir que lo rompieran. Y entonces le hirvió la sangre, no aguantó más y se revolvió como un jabato. Se lanzó furioso sobre el chico más cercano. Ese fue el detonante y todos se le echaron encima. Entre varios le tumbaron y tras agarrarle de pies y manos, se turnaron para orinarse encima. Él se quedó quieto, sin moverse, sin apenas respirar, en un intento atávico por sobrevivir. Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y se imaginó en otro lugar, así era más fácil soportarlo. Estaba en la playa, y mientras su madre se tostaba sobre la toalla, su padre y él levantaban un castillo impresionante, con cuatro torres, almenas y un foso al que habían llenado de agua. Y luego se embadurnaban de arena y hacían una carrera para ver quien llegaba antes a la orilla. Las burlas de esos chicos era el sonido de las olas y de las gaviotas. Pero ese sueño enseguida desapareció. Notó el silencio, abrió los ojos y vio que todo había acabado. Creyó aliviado que ya le dejarían en paz pero se equivocó porque antes de que

se marchasen, el cabecilla dijo dirigiéndose a él, mientras deslizaba el dedo índice por el cuello, gesto que imitaron todos: «Meón, como te chives rajamos a tu madre. Sabemos por dónde vuelve del trabajo. Así que cuidadito con lo que dices...No se te olvide, meón».

Abel empezó a llorar, hasta entonces no lo había hecho, y tuvo miedo por ella. No le importaba que a él le insultaran o le pegaran, lo aguantaba todo, pero no dejaría que le hicieran daño a su madre. Por eso, ella no podía enterarse. Tenía que llegar a casa y ducharse y lavar la ropa antes de que regresase, porque si su madre le miraba con sus ojos de madre, descubriría lo que había pasado y se enteraría de todo. Seguro que iría al colegio y hablaría con los profesores y entonces esos niños la rajarían. No, no podía dejar que eso ocurriera, su padre le pidió que la cuidara y no podía fallarle.

Se levantó con rapidez, guardó las cosas en su mochila y corrió como si en vez de piernas tuviera alas. No podía entretenerse. Ya en casa, se dirigió al cuarto de baño, se desnudó con desesperación y se metió él y la ropa en la bañera. Se restregó y restregó mientras el agua mezclada con las lágrimas resbalaba sobre su cuerpo. No supo el tiempo que pasó bajo la ducha, sus dedos estaban ya arrugados y su piel enrojecida y aunque había gastado un bote de gel, el maldito olor a orines no se iba, ni de él ni de la ropa. Angustiado se dejó resbalar y se quedó sentado en la bañera. Comprendió que era imposible. Se sintió derrotado, abatido. Había fallado a su padre, no iba a poder cuidar de ella. De repente una idea comenzó a surgir en su cabeza y cuanto más lo pensaba más seguro estaba de lo que debía hacer: se volvería invisible. Claro que no creía en las capas mágicas, no era un niño, pero conocía otra forma; si él desaparecía, su madre estaría a salvo. Una vez decidido le invadió una extraña calma. No tenía miedo. Lo que sí le daba pena, era no volver a ver a su madre, ni recibir sus besos, ni estudiar más

matemáticas y no saber el final del último libro de Harry Potter, que no había terminado. Pero no podía hacer otra cosa.

Con determinación salió de la bañera, se secó, se puso el disfraz de Superman con la capa y las zapatillas nuevas de su cumpleaños. Luego se sentó tranquilamente a merendar, tenía mucha hambre y se comió todo el bocadillo, era de jamón y queso, su preferido. Tras acabar, cogió un lápiz y un papel y con letra redondita escribió una despedida para su madre, le dijo que la quería mucho, que no se preocupara por él, que estaría muy bien con su padre y que a ella ya nadie le haría daño. Después de firmar con su nombre añadió una postdata: «Mamá, me ha gustado mucho la merienda, el bocata estaba muy rico» e inmediatamente se subió a la ventana...

Diez minutos más tarde regresó la madre del trabajo. Venía apresurada, inquieta, sentía un pellizco en su interior desde hacía rato. Las sirenas de la policía y la ambulancia le confirmaron lo que ella ya sabía aunque nadie se lo hubiera dicho: algo terrible le había sucedido a su hijo. «Es la madre» señalaron algunos vecinos. «No, No, No» chilló desesperada. Como si fuera un mal sueño notó que un policía le agarraba con suavidad del brazo mientras abría paso entre la multitud de curiosos. Las piernas no le sostenían, no podía andar, ni respirar, no, no soportaría verlo. El hombre amable le hablaba pero ella no entendía sus palabras, hasta que al traspasar la cinta policial vio a su hijo sentado en la ambulancia, con el traje de Superman roto. Sonreía mientras le escayolaban un brazo. «Ha tenido mucha suerte, se ha salvado de milagro, ha caído sobre un árbol, se le ha enganchado la capa y las ramas han amortiguado el golpe» pero ella seguía sin oír nada, veía entre lágrimas la sonrisa de su hijo y solo quería abrazarlo.

Querubina Meroño de Larriva